
X.

¡Conspiracion!

¿Quereis saber los dias que han trascurrido? Pues mirad ese almanaque americano, y sus hojas os sacarán de la duda. Cinco veces se ha levantado el sol entre las nubes del invierno, y cinco veces ha tornado á hundir su carátula de oro entre las brumas del madrileño crepúsculo. El reloj, que constituye en casa de D. Pedro Hernando de Cifuentes el mas lujoso mueble de cuantos adornan la humilde estancia, sigue contando el tiempo con ese latido uniforme de la péndola, que es como el gotear del tiempo en la fuente del olvido.

El guerrero moruno ha salido innúmeras veces á ejecutar su solo de cornetin, y las pesas han subido y bajado repetidamente, nuevos Sisifos de plomo que, apenas acaban

su abrumadora jornada, han de emprender otra, sin descansar un solo instante. Allí sigue el gato Benjamin, dormido en el borde de una silla, con sus ojos de rubí entornadillos, el negro bigotejo erizado y tieso, la cola cruzada sobre el lomo. Nada ha cambiado el aspecto exterior de las cosas. Veamos si sucede lo mismo á las personas.

Oyese ruido de tijeras. Sobre una mesa andan unos ágiles dedos, armados de aguja, hilvanando arriba y abajo una tela negra. Oyese una tos pertinaz, insistente, de esas que causan opresion en el pecho de quien las escucha. Oyense pasos de unos piés, que torpemente se arrastran por el suelo. ¿De quién son los dedos? ¿De quién es la tos? ¿De quién son los pasos?

La solucion de este logogrifo puede verse en las siguientes líneas.

Quien corta é hilvana es doña Mónica; quien tose, Soledad; quien anda el clérigo.

Comieron á las doce, y la buena Soledad fué honrada con un asiento en la mesa del capellan de las Teres'tas. Alzados los manteles y barrido el suelo de la sala, el cura se entregó en cuerpo y alma á la lectura del *Breviario*, y Mónica á los difíciles problemas de la indumentaria. Trátase de confeccionar un vestido para Soledad, y en cuestion tan complicada, el mismo cura es llamado á intervenir con su sábio consejo. Solita es la única

que no toma parte en estas deliberaciones, antes bien, permanece indiferente en presencia de aquella actividad con que la excelente anciana recuerda sus habilidades juveniles de modista, cuando ella sola, ella sola, se hacia sus vestidos, sumamente vistosos, y engalanados con todos los prodigios que el génio de una mujer, deseosa del bien parecer, es susceptible de crear á favor de la aguja y las tijeras. La Cigarra no sabia qué cosa es ir maja.

—¡Vaya!—exclamó doña Mónica, recortando el merino negro, con arreglo á un patron hecho de periódicos.—¡Apenas va á estar bonita Soledad con su traje nuevo!

—¡Sí! ¡Bonita!—repuso ella con su voz de tórtola arrulladora.—¡Qué he de estar yo bonita!

—Aquí pondremos un volante—dijo la anciana, sin fijar mientes en las palabras de la muchacha.—¡No te parece, Pedro, que debo poner aquí un volante?

—¡Mujer! Pon lo que quieras. ¿Qué entiendo yo de modas?

—¡Hombre! Eso es cuestion de tener ojos en la cara, ó no tenerlos.

—Pues tú que los tienes, haz el vestido como te acomode. Que sea sencillo, modesto, humilde, como corresponde á una huérfana que va á retirarse del mundo, es lo único que debo aconsejarte.

—¡Un volante aquí! ¡Bueno!—añadió doña Mónica, metiéndose entre los labios dos ó tres alfileres, para irlos luego sacando conforme fuesen haciendo falta.—¡Ay! ¡Si se me olvidaba lo mejor!

—¡Lo mejor! ¿Y qué es lo mejor?—dijo el padre.

—Los zapatos...

—Es verdad, mujer... Tu cabeza es como la jáula del fraile Anton, que tenia presos los mosquitos y dejaba escapar los mirlos. Te preocupas tanto de la monadita de los volantes, y no te acuerdas de que Soledad anda descalza.

—¡Ea! Señor... No se fije Vd. en eso,—replió Soledad, asomando su piecicito desnudo por entre los pliegues de su falda.—Si cuando andaba por esos caminos con nieve, con agua y con granizos no me causaba nunca el menor daño el llevar al aire las piernas, ¿qué me ha de importar ahora, que estoy hace cinco dias metida entre cristales, donde no me llega el frio, y mas cuidada que la hija del Príncipe Moro?... Usted es demasiado bueno conmigo, y me guarda demasiadas consideraciones... Además, ¡Dios sabe á donde iré á parar yo!

—¡Qué! No, hija, no,—dijo doña Mónica.—Tu porvenir está asegurado. Si ya...

—¡Mónica!—gritó el cura, poniendo sus ojos llenos de iracundia en su hermana.—¿Qué tonterías ibas á charlar?

La pobre mujer calló, comprendiendo que habia cometido alguna imprudencia, y dijo para sus adentros:

—«¡Mas vale que calle, porque si no, acabaré de contar á la Cigarra todo cuanto me ha encargado Pedro que reserve!»

—Lo que quiere decir mi hermana—repuso el cura, dirigiéndose á Solita, que escuchaba todo con grande atencion y los ojos muy abiertos—es que procuraremos colocarte en algun lugar donde estés segura, donde puedas vivir tranquilamente, donde nada falte á tu cuerpo ni á tu alma...

—Eso es lo único que queria decir yo, en efecto,—dijo doña Mónica, que en aquel momento acababa su obra con los patrones.—Ahora voy á probarte este gaban... Mira, Solita; ponte derecha... aquí, junto á la ventana y frente á ese espejo.

Comenzó la probatura del vestido, que la anciana iba echando sobre el cuerpo flexible y delgado de Solita con la misma solemne parsimonia que el ritual marca cuando se reviste el sacerdote para decir misa. La falda negra cubrió primero aquel vestidillo harapiiento de la cantora; vino luego el gaban. obra maestra de doña Mónica, y entonces fué preciso despojar los hombros de la niña de un pañuelo con que la piedad incomparable de la hermana de D. Pedro los habia abrigado. Retiróse el cura á su alcoba, para dejar en ma-

yor libertad á las dos mujeres, y bien pronto el gaban encerraba las formas suaves y garridas de Solita. Su talle adquirió, como de improviso, elegante esbeltez, y el leve seno, realzado por la angostura de la tela, pareció nacer y ensancharse, como se ensancha una rosa soplada por el viento. Sus brazos, largos y torneados, abrocharon aquí y allí botones, prendieron alfileres, y apoyando al fin ambas manos en la cintura, con el intento de mejor distribuir los pliegues de la ropa, dieron á aquella lindísima personita, en tal postura, una belleza sorprendente de estatua griega.

—¡Ah, ah, ah!; esto es hecho. Divinamente —exclamó doña Mónica.—Tu gaban es cosa que merece verse. ¡Pedro, ven acá y te convencerás de que no se me han olvidado mis habilidades de modista!... Todo lo que falta es coser y cantar.

—¡No, por Dios! Coser y callar, que tengo la cabeza malísima, y el menor ruido me produciría una atroz jaqueca.

—¡Hombre! Quiero decir que las dificultades de la obra ya están vencidas.

Habíase alejado un poco doña Mónica para juzgar del efecto óptico del traje, y bajaba su cabeza á un lado y á otro, á fin de ver cómo caía el cuerpo del gaban, ó si arrastraba mucho la falda. Por su parte, la niña contemplábase en el espejillo, que era de lo mas ruin que se conoce. La luna, no veneciana, pero

ni aún de Valencia siquiera, ofrecía ciertas protuberancias, altibajos y desigualdades que desfiguraban el rostro de quien en ella se mirase. Diríase que tal espejo era un castigo de la hermosura vana, que acudiendo llena de arrogancia á contemplar su arrebatadora efigie sobre el pedacillo de vidrio, se hallaba con que le volvía, en vez de aquel semblante correcto y agraciado, una cara de violento, llena de bultos y deformidades, con un ojo ancho como puño y otro pequeñito, pequeñito como la uña del dedo meñique. Por fortuna, Solita no era vana, ni sabía siquiera su hermosura. Miróse, pues, porque tenía delante el espejo, y recomponiendo mentalmente, por sus recuerdos de otros mas fieles espejos, lo que aquel traidorzuelo estropeaba de su rostro, encontróse bien vestida, bien peinada, y muy pálida; y el espectáculo de su embellecimiento por el traje le llenó el alma de pena, y su memoria, como pájaro que, despues de volar en todas direcciones, vuelve siempre á su nido, volvió á Lumbier y á Santa Marta, y á su padre sin cabeza, y á su madre baldada.

—Yo quiero quitarme esto,—exclamó echando sobre su cuerpo una mirada despreciativa.

—Quiero ir vestida como el dia en que mi madre murió... Debe ser un gran pecado adornarse, cuando hace poco que ha muerto una persona así... muy querida...

—No pienses eso—replicó D. Pedro—¿Quién

te sugiere tal idea? Ese vestido no tiene nada de elegante, ni de notable—añadió el cura, áun á trueque de lastimar el orgullo *modistil* de su hermana.—Ese vestido es lo necesario para el abrigo y decencia de la persona nada mas.

Era cierto; pero la Cigarra, que habia andado siempre medio desnuda, sin zapatos, sin ropa buena, engalanándose con los desechos de las gentes caritativas de Santa Marta, imaginaba que aquella tela de merino y aquel gaban con botones de azabache debian representar un lujo fastuoso, capaz de arruinar á una familia bien acomodada.

—A coser, á coser, Solita... Quítate eso... Venga esa manga... Aquí tiene el alfiler que la sujeta... Afloja el cinturon... Sácate el cuerpo poco á poco... ¡Ah, ah, ah!... Así, que no se desgarre, porque esta tela es muy falsa. Siéntate ahora ahí... Esa es la caja del hilo y las agujas... Da de cera al hilo por que sea mas recio y dure mas... Bien... empieza á coser desde esta parte... Eso es... Seguido, seguido, seguido, hasta esta otra costura. Aquí paras y me avisas...

Así decia Mónica, al mismo tiempo que Solita, cumpliendo todas estas indicaciones con una claridad de entendimiento que agradaba mucho á la viuda del mayorazgo de Ecija, se sacaba las mangas del gaban, desprendiendo el alfiler que las sujetaba, se aflojaba el cin-

turon, se quitaba la tela de encima, poco á poco por no desgarrarla, pues era muy falsa, sentábase en un taburete de anea, buscaba la caja del hilo y hacia, en suma, cuanto se le antojó mandar á la anciana.

—¿Vas á salir? ¿No es cierto, Pedro?—murmuró doña Mónica, sin alzar sus ojos de la costura.

—¡Voy á salir! Sí—respondió el preguntado, el cual habia adquirido, con los sucesos que le traian á mal traer, un humor durísimo, bien distinto de su afabilidad proverbial y de su amable condicion.

—¿Tardarás mucho, supongo?

—Supones bien. He de ir á casa de Su Emi-nencia, y allí los viajes son largos... ¡Qué antesala! Hay siempre en ella esperando mas gente que en la de un ministerio. No sé qué asuntos llevan allí á tanta dama elegante, á tanto marqués, á tanto D. Gil emperegilado y oliendo á perfumería que apesta... No creo yo que sean asuntos divinos los que congregan allí á todo ese hato de gente inútil. Mas pienso que sea su vanidad. ¡*Vanitas vanitatum, et omnia vanitas!*

—Pues debes ir pronto, pronto. Luego se viene encima la noche, y preciso es que á las ocho estés en casa, porque á esa hora comienza á helar, y tu reuma...

—A las ocho estaré en casa... pero aún es temprano. Apenas han dado las cuatro.

—¿Son ya las cuatro?—balbuceó muy azoradamente doña Mónica.

—Sí, hermana. ¿Qué tienes tú que hacer á las cuatro, ni á las cinco, ni á las seis?

—¿Yo? ¡Jesús! Nada.

—Entonces poco debe importarte que sean ya las cuatro. Ahora me acuerdo de una cosa. ¿No tenías tú unos zapatos nuevos, sin estrenar?

—Sí...

—Pues dáselos á Solita...

—Es verdad, que no habia caído en ello.

Y la vieja fué á buscar aquellos zapatos, y los trajo, dejándolos sobre el cesto de la costura para que la niña los tomase. No queria. Ella estaba acostumbrada á andar descalza; ella no necesitaba zapatos, ni botas, ni nada. Déjenla á ella con sus piececillos al aire, con su falda raida hecha bandera gloriosa de la miseria á puros girones. ¡Fuera remilgos de la moda! ¡Fuera el lujo!... Pero el cura insistió. No era el bien parecer, sinó el parecer decente lo que exigia aquel sacrificio. Habia que vestirse, no por agradar, sinó por no desagradar. —Con estas sutilezas y argumentos suntuarios, se redujo á la niña á que calzaran sus pequeños piés los zapatos de la devota. Fué cosa de un momento. No entra con mas facilidad Pedro por su casa, ni una lanceta en la vaina de un sable. Los piés enanos de la Cigarra quedaron encerrados en aquellas cárceles de cuero.

—Díme, Soledad,—dijo el cura, despues de una larga pausa, en que sólo se oyó el crugido que producian las agujas de las costureras al atravesar la tela.—¿No te agradaria á tí una vida tranquila, sosegada, dulcísima y sin inquietudes?

—Sí, señor,—repuso ella prontamente.

—Hablo yo, Solita, de una vida á donde no llegan los ruidos del mundo, y comparable á la de los ángeles del cielo.

—No le entiendo á Vd., señor cura,—se atrevió á decir la muchacha, porque realmente aquel modo de hablar misterioso no era fácilmente comprendido.

—¡Ah! Solita... Yo te explicaré, yo te explicaré... Tú que desdeñas los vestidos nuevos, que desdeñas las alegrías propias de tu edad, que sientes una cosa así... como un placer muy grande en el corazon, y un enternecimiento sublime cuando rezas; tú, á quien todo esto sucede, encierras en tu alma, sin duda alguna, los riquísimos manantiales de la fé cristiana, y podrias ser una monja virtuosa y ejemplar.

—¡Una monja!—exclamó Solita con asombro, al mismo tiempo que enhebraba una aguja, mojando préviamente entre sus lábios el hilo negro para facilitar aquella operacion.

—¡Hombre! hermano, dispénsame que te interrumpa;—balbuceó doña Mónica—pero creo que este asunto es demasiado grave para tra-

tarle así... Digo yo... Mejor es que te fueses ahora á casa de Su Eminencia, y luego...

—¡Qué impertinente estás! ¡Cordero celestial! ¡Si no se te puede resistir! Déjame en paz con tus observaciones intempestivas. Nunca te he visto como hoy. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? Muestras un desasosiego, una impaciencia... Has mirado al reloj, durante cinco minutos, siete veces...

—Pues... no tengo nada, ni me ocurre nada, ni siento impaciencia ninguna. ¿De qué iba á sentirla?—respondió la anciana, consultando de nuevo al reloj.—Pero como ya es mas de las cuatro...

—¡Vaya! ¡Vaya! Déjame seguir hablando con Soledad... Dime, niña, ¿tú has visto algun convento?

—He visto uno, sí, señor, en Lumbier. ¡Virgen Santa, qué cosa mas triste! Ibamos mi madre y yo algunas tardes al rosario que se rezaba allí, y me arrodillaba cerca de la reja del coro. ¡Qué reja! Era espesa, espesa, con muchos pinchos hácia fuera, que parecían decir al que queria arrimarse: «No te acerques, porque te pinchamos...» Yo miraba en la oscuridad del coro, y veía unas sombras altas, delgadas, envueltas en telas blancas y negras; y oía sus voces quejumbrosas, tristes... ¡Ay, que horror! «¿Son mujeres iguales á nosotras?» le pregunté yo á mi madre un día. Y ella merespondió que sí.

—Pues se equivocó tu madre. Porque aquellas mujeres no son iguales, sinó mejores que cuantas andan por el mundo.

—¿Mejor que mi madre, señor cura? ¡Vaya, que eso es imposible! ¡Si mi madre era una santa!

—Debo advertirte que estás en un grave error, si imaginas, alucinada por tu fantasía infantil, que en los conventos acontecen cosas espantables, y si crees que en aquellos claustros benditos es la vida enojosa... Antes al contrario; ¡cuán grato es respirar aquella atmósfera, en donde las almas hallan el aire que les acomoda para salvarse! Los espíritus elegidos viven allí á sus anchas, en comunicacion directa con Dios, y gozan de su vista eterna, cual los bienaventurados del cielo. Rotos cuantos vínculos unen al sér humano con la sociedad, el alma puede cumplir sus deberes, sin que nadie se lo estorbe. Si las de las que viven entre sus semejantes, ocupándose de los pequeños negocios del interés temporal, hacen esa jornada eterna andando, las que han cortado sus relaciones con los hombres, la hacen volando. Sus piés se truecan en alas, y el camino del paraíso se abre ancho, florido, delicioso.

Ni una palabra de tan pomposa perorata oyó doña Mónica; y esto es bien extraño, porque una de las grandes satisfacciones suyas era saborear los raptos de elocuencia de su

hermano, el cual hallaba toda ocasion propicia para tales pláticas piadosas. Los ojos de doña Mónica iban en continuo viaje, desde la costura al reloj, y desde el reloj hasta la costura. ¿Qué esperaria? Si su edad provecta y virtud inexpugnable, protegida, además de su fortaleza, por el aspecto nada encantador del arrugado rostro, donde un lunar con pelo, sombreando el lábio, formaba contraste con el único diente visible que sacaba á fuera su punta no la hubiese puesto libre de cualquier maliciosa sospecha, alguien habria podido pensar que doña Mónica esperaba á un amante. ¡A un amante! ¡Pobre Mónica! Años hacia que semejantes sensaciones desaparecieron de su sér, dejándole desierto de ilusiones. Aquel grandísimo tunante del mayorazgo andaluz habia gozado de todo el frescor de la que hoy era rosa mística, arrugadita y seca, sin color ni aroma, conservada en el invernadero de la religion católica, entre devociones y lágrimas: porque doña Mónica era—perdónenoslo la buenísima anciana—lo que se llama una llorona intolerable.

—Sus ojos pequeñuelos, vivos en otro tiempo, habian palidecido de tanto llorar, y en sus megillas, donde las arrugas componian una complicada red, comparable á un mapa topográfico de esos que representan con menudas rayas todos los rios y montes del globo, tenian dos surcos bien marcados, por los

que se deslizaba aquel llanto sin fin, diluvio universal de un dolor que se resolvía siempre en agua como las tormentas de Abril. Aquellos surcos eran como el cáuce de dos Nilos de pena que brotaban de los ojos de la hermana del capellan. ¿Querreis saber por qué lloraba? ¡Fácil empresa! Ni ella misma lo sabia. ¿Estaba su hermano enfermo de reuma? ¡Ay, Dios mio, qué pícaro reuma! ¡Qué desgraciada era Mónica! ¡Lágrimas y mas lágrimas! ¿Estaba ella constipada? De constipado murió su honrado padre. ¡Vengan lágrimas en honor del padre difunto! ¿Tocaban las campanas á gloria por el entierro de un niño rico? ¡Acudid todas juntas, venid todas las lágrimas que la glándula correspondiente en la máquina humana puede producir! Llanto perpétuo durante ocho dias. *¡Lugete o veneres Cupidinisque, quia paserem Lesviae mortus est!* Quince años se han cumplido de la muerte de una criatura preciosísima, tan rubia y tan blanca que su rostro de ángel parecia fabricado con nieve y oro, y á la cual conocieron los siglos con el nombre de Anselmilla. Hija fué de doña Mónica, y sólo vivió unos cuantos años, llevándose al sepulcro todo el corazon de su madre. Por eso llora tanto la pobre vieja si oye tocar á gloria, y aquel repique retumbaba en el alma, como si en ella tuviese metido el campanario enterito. Por eso, hablarla á ella de niños es traspasarla el sensible pecho con

herbolada saeta; y mentarla algo que poco ó mucho se relacione con la maternidad, poner en sus lábios la eternamente repetida relación de cómo se murió Anselmilla, de qué tos la ahogó, de qué jarabes sirvieron para endulzar su muerte, de qué bárbaro médico fué su verdugo, y todo lo demás que, sazonado con suspiros, sollozos, lágrimas como cerezas y lamentaciones dignas de Jeremías, constituye la pasión y muerte de aquel querubín divino, que, por tener alas, se voló del lado de doña Mónica, dejándola sin sombra.

Las cuatro y cuarto, las cuatro y media. El reloj sigue andando, y doña Mónica aumenta sus impacientes miradas á la esfera blanca, donde el dedo implacable del tiempo va sumando los minutos en el enorme total de las eternidades.

—«¡Ah! endiablado reloj. ¡Ya son las cuatro y media, y este hombre no se va!—pensaba doña Mónica.—¿Tardará mucho en marcharse?»

Y el reloj contestaba con su lengua, que es la péndola:

—«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!»

—«¡Virgen santísima; ángel de mi guarda: Santa Mónica, mártir y patrona mía! Haced que se marche pronto. No quiero imaginar siquiera lo que va á suceder si ella se cansa de esperarme y viene. ¡Antes venga la muerte!»

Estos azoramientos tenían convulsa á doña Mónica, y en su propensión llorona, costábala

no pequeño trabajo contener las lágrimas que acudían á sus ojos, empeñándose en salir á chorro. Disimula y finge; pero cada puntada de la aguja le duele como si estuviera haciendo un dobladillo en su alma, y no son pocas las veces que el pico acerado penetra en el dedo índice de su mano izquierda, con el cual sostiene la tela en que trabaja.

Y el reloj sigue andando, y D. Pedro continúa hablando de esta manera:

—Parece que el mismo cielo te enseña ese camino del convento por indudable modo, Soledad... Murió tu padre, murió tu madre; te encuentras abandonada, sin un pariente, sin otros amigos que mi hermana y yo... ¿No se vé en todo esto la mano sabia de Dios?

La Cigarra calló, porque nada veía en esta serie de sucesos desgraciados que la indujese á pensar como el sacerdote.

—¡Pues hay que estar ciego—prosiguió el clérigo—para no ver en todas esas desventuras la obra del Señor, que quiere decirte de este modo: «Solita, ven á mí, que te aguardo; tu alma es pura, tu cuerpo inmaculado. El mundo rompe contigo sus lazos; yo te abro las puertas de mi casa!» (D. Pedro, al poner en su boca estas palabras que atribuía á Dios, pronunciábalas con voz profunda, pues él creía sin duda que la voz del Autor de todas las cosas debe ser muy parecida al trueno.) ¡Créeme, Solita, créeme. Si tú te decides á dar

este paso, bendeciría la hora en que te encontré; y mi gloria de haberle llevado á Dios una sierva humilde, buena é inocente, me recompensaría con largueza de las molestias que pueda ocasionarme el buscar una señora caritativa que sufrague los gastos de la monjía.

—¡Van á dar las cinco!—exclamó doña Mónica.

—¡Ya me voy!—repuso el cura, levantándose y cogiendo de una silla su sombrero de canal.—Solita, piensa en mis palabras, medítalas, y antes de decir que no, ó que sí, reza, reza mucho... Verás que luz, destello de la Universal Inteligencia, se enciende dentro de tu alma... ¡Vaya, hasta luego! ¡No vendré hasta las siete y media! A esa hora tienes preparada la cena, Mónica.

D. Pedro salió.

Aún no había sonado la verja del átrio, que chirriaba al abrirse; aún se oía el ruido de los hábitos del cura, rozando con las paredes del estrecho pasillo, y ya doña Mónica se había alzado de su silla, había arrojado la costura sobre el cesto, y dijo á la Cigarra:

—¡Vamos á salir!

—¿A salir?

—Sí, á salir.

—¿Y á dónde?

—A un sitio donde hay una persona que desea verte... Quiero decir, que se interesa por tí.

—¡Por mí! Eso será una broma. ¡Quién ha de interesarse por la Cigarra, si no son ustedes, que me están llenando de favores!

—Pues hay alguien mas, á quien inspira simpatía tu desgracia... Es una señora; pero una señora muy encopetada.

Doña Mónica, para indicar que aquella señora era «muy encopetada,» levantó las manos á la altura de su cabeza, como si hubiese querido medir su encopetamiento.

Después recorrió la estancia en todas direcciones, cual pájaro atontado que busca agujero por donde escapar. En un sitio se dejaba el pañuelo, que sacó de la cómoda, en otro la mantilla, mas allá una falda de *orleans*, que acostumbraba ella lucir en las grandes ocasiones.

—Tú, niña, te pondrás ese vestido mio. ¡Qué lástima que aún no esté hecho el que te destinamos!... ¡Cómo ha de ser!... Esta falda no ha de estarte corta ni larga... A ver... Probémosla... pronto, que es muy tarde.

Vistiéronse en muy pocos momentos. Jamás tocador femenino presenció mas rápidamente todas las operaciones que median desde el *deshabillé* mas abandonado al traje de gala. Doña Mónica se puso un manto de seda, y echó sobre la cabeza y hombros de Soledad otro manto de merino, siendo de advertir que reservó para sí el mas deteriorado y dió el mas nuevo á la Cigarra.

Echaron á andar, cerraron la puerta, bajaron la escalera, atravesaron el peristilo, haciendo una reverencia al cruzar por delante de la iglesia.

¿Dónde iban?

¡Ah! Si D. Pedro las hubiese visto entonces, habria podido exclamar, imitando al amante de Ofelia:

—¡Mentira, tu nombre es de mujer!

Peró ni D. Pedro las veia, ni jamás leyó á Shakspeare.

 XI.

En que la conspiracion estalla.

Eran graves asuntos de caza y pesca los que discutian, sentados en sendas butacas, y cerca de un velador, aquellos dos buenos señores.

—Desengáñese Vd., Aciselo—decia uno de ellos;—ese perro no ha de servir para maldita de Dios la cosa.

—¿Que no ha de servir? ¡Válgame Dios, que error mas profundo! Está usted equivocado, conde.

El conde pegó una chupadita del desaforado habano que fumaba, y luego movió la cabeza á un lado y á otro para negar.

—¿No ha visto usted—dijo arrojando las palabras de su boca, al mismo tiempo que el humo—que en la cacería de estos últimos días no ha hecho nada bueno? Ese maldito perro es una calamidad. Le han engañado á usted.